

La poesía, la música y la pintura tienen entre ellos gran consideración, y en estas artes han sobrepujado á los chinos, á los cuales disputan el descubrimiento de la pólvora y el de la imprenta.

Tampoco se tolera la introducción de libros extranjeros que traten de materias religiosas. Los japoneses son estudiosos, económicos, trabajadores y de un carácter dulce y blando; aman el placer y en ocasiones la venganza.

### LA INDIA.

Entre la Arabia y el imperio Birman se estiende en el seno del Océano Pacífico, sobre poco mas ó menos como Italia entre España y la Dalmacia, un vasto país de doscientos cuarenta miriámetros de Este á Oeste, y doscientos ochenta de Norte á Sur, abundante en cuanto la tierra produce.

El Himalaya, la mas alta cordillera de montañas del mundo antiguo, lo separa al Norte del Tibet y de la China, y al Oeste le sirven de límites el Indo y el Ganges, bañándolo por los otros lados el mar. Este país es la India ó el Indostan. Muchos señores han tenido esta por tierra de bendición desde que Alejandro conquistó en ella gloria, hasta que Tamerlan fué á buscar en su seno riquezas y á fundar el imperio del Mogol. En la actualidad casi toda la India pertenece á la Inglaterra, si no á título de dominio, al menos de explotación. Puede decirse, pues, que los ingleses explotan aunque no reinan.

Guiándonos solamente por su topografía, la India tiene dos grandes divisiones principales: la una parte del Himalaya y termina en la cadena que borda el Naradda; este es el Indostan: la otra empieza en dicho rio y llega hasta el cabo Comorin, que es el Dekkan. El Indostan se divide á su vez en septentrional y meridional. El primero comienza al pie del Himalaya, se estiende por la ribera izquierda del Setledge, uno de los afluentes del Indo, abraza el alto y magnífico valle de Cachemira, Gherwal, el Kemaoun, y el Nepal que forma la frontera al Este. El Gherwal es la Suiza de la India; sus aldeas y pueblos, fabricados como nidos entre las inmensas crestas del Himalaya, se elevan á diez ó doce mil pies ingleses sobre el nivel del mar. El Nepal, reino que confina con el Tibet, ofrece un suelo rico y fértil, pero sus poblaciones no tienen apenas importancia. Catmandú, la principal, no presenta mas que calles estrechas y malas, calles pésimamente construidas, aunque altas, y unos 20,000 habitantes. Bhatgong, antigua capital del reino, está mejor edificada, y es mas estensa é importante por su industria, escuelas y bibliotecas. La provincia mas notable del Indostan Septentrional es, sin contradicción alguna, la de Cachemira, inmenso jardín desparramado al pie de la montaña cerca de los manantiales del Indo. En medio del valle se eleva la ciudad de Cachemira sobre las orillas del Djilem, y por su hermosa situación, riqueza y dulzura del clima es llamada Serinagar, mansion de la felicidad. Sus habitantes son casi tan blancos como los europeos, y sus mugeres no son menos lindas ni graciosas que

»En los matrimonios no se consulta la inclinación de los contrayentes; los casan sin conocerse; los padres son los que lo hacen todo. Es verdad que si no están contentos el uno con el otro, pueden separarse; la libertad es en esto igual por una y otra parte, pero las mugeres usan de ella mas rara vez que los hombres.»

las nuestras. Nadie habrá que no conozca los admirables chales que llevan el nombre de *cachemires*. Se hacen con tejidos de una finísima lana que dá una especie de cabra peculiar de este país.

Al pie de la vega de Cachemira empieza á estenderse la provincia de Lahora, por la cual entramos ya en el Indostan Meridional ó Indostan propiamente llamado, que comprende él solo casi todo el antiguo imperio del Mogol. Trece provincias de primer orden convertidas hoy en presidencias inglesas, en reinos nuevos, recuerdan aun por sus nombres y por el de sus capitales, las antiguas divisiones de la India, que son: Lahora, Sindh, Katch, Guzerate, Multan, Malwa, Adjemir, Delhi, Agra, Aoudh, Allahabad, Behar y Bengala.

Lahora, sobre el Ravi, fué un tiempo una de las residencias del gran mogol, y hoy es capital del vasto reino que uno de los seikhs confederados, Randjit-Singh, ha constituido con los restos de Cabul, Multan, Cachemira y otros. El campo que le rodea es fértil, se cultiva bien, y su azúcar es la mejor de la India.

En 1841 todavía ostentaba Lahora todo su brillo, esplendor y hechiceros atractivos; empero desde que se estendió por aquella parte la decantada *civilización*, representada por los ingleses, aquellas ciudades llenas de poesía, y casi fabulosas que solo se encuentran en *Las mil y una noches* desaparecieron, quedando al nivel monótono y uniforme que plugo á los hijos de Albion.

Remocémonos, pues, quitándonos ocho años de edad y démonos prisa á tomar la posta para llegar á Lahora antes que los ingleses y su *Ilustración*.

Pero entendámonos; no vaya á creer el lector que las postas están organizadas en la India por el estilo de las de Europa. Mientras que en esta última hace la ciencia los mas generosos é increíbles esfuerzos á fin de que las máquinas y el vapor alivien el trabajo y las fatigas del hombre, creado á imágen y semejanza del Supremo Ser, en aquellos climas están todavía condenados á ser bestias de carga: la silla de posta que os ofrezco es un palanquin llevado por hombres: si os place podeis cambiar de portadores cada hora, y el gasto será unos cinco reales milla. Por lo regular cada viagero suele llevar doce, seis que van de descanso para relevar á los seis que llevan el palanquin; otro, en fin, que lleva una tea encendida para alumbrar cuando se viaja de noche, de manera que el viagero lleva una comitiva de 12 ó 13 personas.

Lo mas comun, cuando las distancias no son grandes, es tomar los que se necesitan para todo el viage, y si el calor no es escesivo y se camina de noche suele hacerse una jornada de 40 werstas. Estos infelices soportan tan dura fatiga sin murmurar ni quejarse y siempre con mucha voluntad, animándose mutuamente con frases misteriosas y desconocidas, ó bien cantando canciones propias del país con un tono que en nada se parece á los de Europa. Cosa es que pasma ver aquellos hombres tan solícitos, complacientes y unidos como hermanos, que están contentos con su oficio que pasa de padres á hijos desde tiempo inmemorial, y que por nada abandonarían por ser peculiar de su casta, y que segun su religion se tendria por infame el individuo que no lo ejerciese.

«Me he reunido con el campamento de monsieur Clerk (1), agente político inglés que ha plan-

(1) Cartas sobre la India.

tado sus reales en los dominios de Lahora. Anoche, á eso de las diez, despues de bien acomodado en mi palanquin, me quedé dormido. Los portadores lo balanceaban algun tanto á pesar de que el camino era llano, y soñé que íbamos por una altísima montaña cortada á pico, y que de vez en cuando los palanquines perdian el equilibrio y bajábamos precipitados, pero que luego se agarraban fuertemente á los picos salientes de la roca, encaramándose hasta que llegábamos á una elevada meseta, en donde reinaba un aire purísimo (es de advertir que la noche era fria) y la luna brillaba con todo su esplendor. Soñaba tambien que en aquel momento entrábamos en una opulenta ciudad: que en varios puntos de sus calles y plazas, solitarias á la sazón, había apostadas numerosas patrullas de caballería, y que un fondista francés abría la puerta de su establecimiento y se dirigía hácia mí. Entonces desperté, salté fuera del palanquin... ¡mas qué espectáculo tan sorprendente se presentó á mis casi cerrados ojos! Me veía rodeado de un peloton de gente desconocida, con teas en la mano y en medio de un estenso llano iluminado con los débiles rayos de la argentada luna. Era el caso que habíamos llegado á un punto de parada en que debían relevarse los humanos tiros: los nuevos palanquineros eran seikes. Examiné detenidamente aquellas figuras druidicas, y ellos por su parte sospecho hicieron otro tanto, porque me miraban con cierto aire de sorpresa, en que no tenia poca parte el miedo, creyéndome un duende. Quise acercarme á uno de ellos y se retiró espantado antes que llegase á él: en efecto, debía parecerles yo un ente bien extraño, pues era muy posible que jamás hubiesen visto un europeo. Generalmente se habla mal de los seikes, aunque á mí me parecieron de carácter dulce y bondadoso, y tal vez podrá suceder que internándose en el país se encuentren otros tan agrestes é idiotas que la presencia de un europeo haga en ellos la misma impresion que la que produce en nosotros la de un insecto asqueroso que apenas visto ataca los nervios y nos apresuramos á despachurrarlo con el pie.

»Apoltronado de nuevo en mi palanquin, me había vuelto á dormir cuando de improviso sufrí una violenta sacudida á causa de haber dejado caer el palanquin los conductores, y se apresuraban á levantarlo poseidos de turbacion y miedo, imaginándose que iba yo á armarles una disputa y regañarles por su descuido. Mas no soy yo de los que se incomodan por tan poca cosa, aunque era ya la tercera vez que sufría este percance en aquella noche, que nunca acontece cuando son indios los palanquineros.

»Ya en esto el sol estendia sus dorados rayos vivificando la naturaleza: el camino que seguía era excelente y lleno de animacion y vida con la presencia de elefantes, bizarros ginetes, montados en briosos caballos, y multitud de pasajeros seikes. Entretenido con tanta variedad de objetos no tardé en llegar al campamento. Cerca de la tienda destinada para mí veo elevarse la del comandante general de las tropas indio-inglesas, que ha venido á inspeccionar y pasar revista al ejército que va á caer sobre el Afghanistan.»

Como no es nuestro propósito ocuparnos de política, la dejaremos á un lado para que tenga sitio preferente todo lo agradable y pintoresco: por esta razon nada diremos de lo que refieren las *Cartas* acerca de la entrevista y conferencias que mediaron entre el rey Schir-Sing y el plenipotenciario del gobierno británico, prefiriendo referir lo que observó su autor cuando

fué presentado en la corte de S. M. lahorrense.

«¿Qué cuadro tan magnífico se presentó á mi vista! esclama el viagero, apenas podia creer á mis ojos: por do quiera brillaban el oro y preciosas piedras: las filas ostentaban en sus trages de particular hechura los mas vivos y variados colores; puede decirse que era un ameno vergel, poblado con increíble multitud de seikes amarillos, encarnados, blancos, verdes, azules y lilas, cubiertos de plata y oro, armados todos con cotas de finísima malla, recamadas de finísima pedrería.

»Aunque estaban sentados, luego que entramos se pusieron todos en pie: entre esta confusa algarabía se hallaba el rey, que era muy feo, rechoncho y al parecer de unos 40 años, y cubierto de las joyas mas preciosas que hay en el mundo: llevaba en su brazo derecho el *Kovonor*, que es el brillante mas grueso y perfecto que se conoce. Luego que nos vio salió á nuestro encuentro, abrazó á Mr. Clerk y nos hizo tomar asiento en sillas de plata, en tanto que él y sus favoritos se sentaban enfrente en otras, hechas con ducados de Holanda fundidos, lo mismo que las banquetas en que apoyaban los pies. Traen de Bombay esta moneda en camellos y machos para fundirla y hacer despues los muebles y demas utensilios.

»Desde que nos apeamos, siempre habíamos andado sobre ricos chales de cachemira, y despues que estaba sentado observé que avenidas, calles de árboles y esplanadas, en fin, todo cuanto alcanzaba mi vista estaba cubierto con tan esquisito alfombrado, sobre el que pafaban y corrian los fogosos caballos, lujosamente enjaezados.

»El sitio en que nos hallábamos era el pórtico de un pabellon ó kiosko medio derruido, construido en el terrado del jardín: estaba éste lleno de guerreros, tendidos por el suelo y apiñados en grupos tan numerosos, que obstruian todas las avenidas alrededor de la casuca, armados todos ellos con arcos, flechas, broqueles, sables y arcabuces con mecha encendida.

»En tanto que observaba yo tan extraña variedad de objetos, nuevos para mí, había comenzado una conferencia muy viva y acalorada, como todas las que llevan un carácter diplomático y oficial, entre Mr. Clerk y el rey, aunque interrumpida algunas veces con largas pausas y silencio, durante el cual es de presumir que uno y otro ponian á prueba su talento y sagacidad para inventar alguna bella frase que hiciese patente la amistad y buena armonía que reinaba entre los seikes y los ingleses, cariño y simpatía muy parecida á la que se profesan reciprocamente los cazadores y los lobos.

»Concluida la sesion dispuso el plenipotenciario se presentasen los regalos que hacia el gobierno inglés á S. M., que consistian en un sable, un puñal, algunas telas y caballos: el rey veía desfilir los generosos brutos con aire distraido é indiferente y apenas echó una mirada sobre los demas presentes, á pesar de que no ignoraba el significado: en efecto, daban á entender que el *gobierno inglese* le reconocía por rey; pero la etiqueta seika exigia aparentar el poco interés con que los recibia.

»Observé que despues de concluida la ceremonia varios seikes de la clase media, uno tras otro, se acercaban al rey, se prosternaban hasta casi tocar el suelo con la frente, y le presentaban algunas rupias que él recibia maquinalmente, haciéndolas sonar en la mano, dejándolas caer al suelo si estaba ya llena la caja en

que las echaba. Es el modo con que aquel monarca cobra los tributos.

»Practicado esto se levantó de su asiento, y cogiendo de la mano á Mr. Clerk lo llevó con ademán magestuoso al otro extremo del recinto, que tenia comunicacion con un pequeño jardin. Yo y algunos seíkes de los mas íntimos del monarca, de cuyo número era un jovencito huérfano, ricamente vestido y muy querido de aquel, los seguimos hasta que llegamos á una especie de tinglado ó cobertizo; llamó el rey dando repetidos golpes en la puerta, pero sin que nadie respondiese: iba ya á llevarnos por otro pasillo cuando por fin la abrieron, y entrando dentro llegamos á una escalinata, tapizada con soberbios chales, que conducia á una charca ó estanque cuadrilátero, lleno de

alazán de hermosa estampa, y por último otros muchos de diversos colores y razas. El los obligaba á entrar en el agua y despues que volviesen á subir por la escalinata á la plataforma en donde estábamos nosotros. Pero qué baraunda! Qué apreturas! Qué confusa mezcla de hombres y caballos, de relinchos, voces y colores! Y sin embargo, en medio de este caos, de esta variedad de trages, oro, pederria, acero, sedas y cachemiras se paseaba el rey, dirigiendo la palabra indistintamente á sus cortesanos y á nosotros, portándose en todo como simple particular, observando la mas estricta igualdad.

»Para volver al sitio de donde habiamos salido fué necesario, fué preciso dar la vuelta alrededor del edificio, atravesando por en medio de pelotones de hom-



Un viage en palanquin en la India. — Pág. 135.

agua sucia y corrompida, en cuyo centro se elevaba una fuente muy deteriorada. El objeto de aquella correría era para que viésemos sus propios caballos, y en efecto, mandó que los fuesen pasando uno despues de otro por una estrecha puertecilla, tapádoles antes los ojos con un pañuelo. El primero que se presentó era uno colosal con los arrees cuajados de finas esmeraldas y gruesas perlas; la silla de oro y el pomo del arzon formado con una esmeralda del tamaño de una manzana. Tal como estaba y sin quitarle ni uno solo de sus ricos aparejos y preciosos chales, mandó el rey que lo hiciesen entrar en el estanque, cuya agua le llegaba á la rodilla; pero espantado el animal daba tan terribles saltos que su magnífico caparazon quedó empapado en agua: en seguida trajeron otro blanco, tambien de grande alzada, pintados los remos de encarnado hasta la rodilla, mas ataviado y compuesto que una hermosa, cargado de rubies y joyas de oro; del cuello, cabeza y pecho llevaba pendientes sartas de gruesas perlas: tras éste presentaron un arrogante

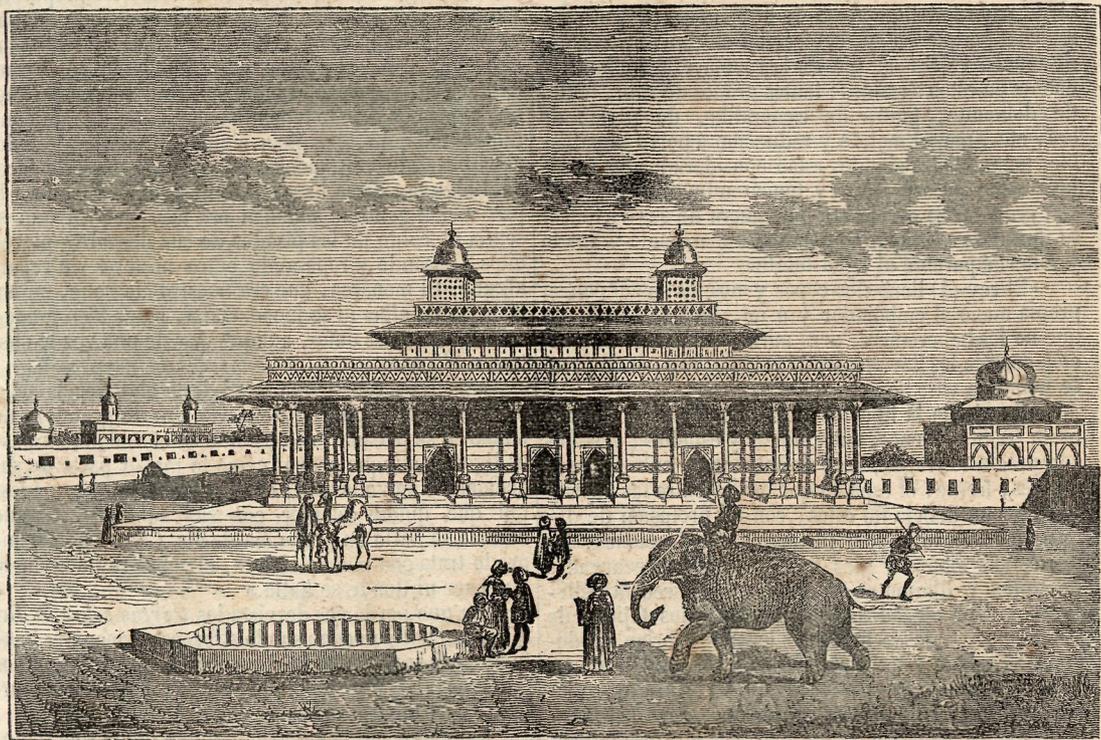
bres vestidos lujosamente. Otro no menos numeroso grupo, algo separado de los otros, lo formaban las bailarinas, ricamente ataviadas con abundantes dijes y joyas en la nariz; las habia altas y pequeñas y algunas muy bellas que sonreian y saludaban con una gracia encantadora; por de pronto no pude distinguir el sexo á que pertenecian estos seres equívocos con sus cortos vestidos y estrecho pantalon.

»Anoche cuando os estaba escribiendo se llegó Francisco á decirme que ciertos sugetos deseaban hablarme: mandé que entrasen y, descorriendo la cortina de mi tienda, se presentaron dos seres, cubiertos con velos y otros con antorchas en la mano: era el primero un fakir y el otro parecia ser una muger de elevada estatura con muchos dijes y joyas en las narices, megillas y orejas; hojuelas de oro en la frente y carrillos, cubierto medio rostro y cuerpo con una ancha muselina: desde luego comenzó á dirigirme súplicas ó quejas con acento nasal y plañidero; pero poco despues, volviéndose de repente y despojándose

de la vestimenta, quedó totalmente desnuda, metamorfoseada en un robusto y rollizo fakir. con su largo cabello tendido por los hombros, dando desaforadas voces y gritos. Desde luego comprendí que eran unos bufones: el rey gusta mucho de estas farsas y ha enriquecido á los que las ejercen, dándoles dinero en abundancia y tierras las mas pingües. Ignoraba yo todavía todo esto, y deseando librarme de estos importunos les di una rupia para obligarlos á que se fuesen; pero ellos la rehusaron cortesmente, pidiéndome permiso para estar un rato mas en mi compañía. No pudiendo negarme les alargué sillas, pero ellos se sentaron en el suelo lo mismo que los que llevaban las antorchas, que de vez en cuando las alimentaban con aceite. ¡Era cosa de morirse....!

cándaras sobre la cabeza. Segun calculamos Mr. Clerk y yo pasaria de 500 el número de estas aves. A retaguardia venia un batallon de tropa reglada de seikes con tambor batiente, tocando cornetas y trompas para ojear y levantar la caza: todos, excepto yo, perseguian con ardor y afan á las codornices, que mataban á cientos: á cada momento disparaba el rey su escopeta y casi nunca erraba el tiro. De este modo atravesamos aquellos llanos y nos internamos en un terreno en que la maleza y cañaverales eran tan altos como los mismos elefantes: abundaba en jabalíes; pero á pesar de su gran número solo se mató uno, y aun para esto fué preciso rematarlo á sablazos, carnicería en extremo repugnante.»

En otra ocasion, siguiendo el hilo de estas Car-



Pabellon del palacio de Allahabad.

» Esta mañana ha entrado en mi tienda un akali de esta endiablada secta llenándome de injurias y denuestos: era otro juglar con su larga barba postiza y ridículo traje: viendo mi impasibilidad se ha marchado; pero un momento despues ha vuelto á presentarse, vestido de radja, ceñido el cuerpo con muselina y lleno de diges; su diversion favorita era recorrer de este modo el campamento, y en verdad que desempeña su papel á las mil maravillas.

» El dia que llegamos á Lahora nos convidó el rey á una partida de caza, y podreis formar idea de si seria en grande cuando os diga que al llegar al llano se desplegó á nuestra vista una fila de elefantes puestos en batalla, ricamente enjaezados con caparzones de brocado y las sillas que íbamos á ocupar de oro. Nos precedia una nube de caballeros, vestidos espléndidamente, montados en soberbios caballos, y muchos peones, llevando halcones en el puño ó en al-

tas, convidan al autor y á su inseparable compañero Mr. Clerk á pasar la velada en el palacio del rey. Los recibe este rodeado de sus guerreros en un vasto patio, al aire libre y cercado con altas murallas, almenadas é iluminadas con la misteriosa claridad de la luna. A un lado se ve una treintena de briosos caballos, cubiertos de pedrería: infinitas antorchas y candelas romanas, artísticamente colocadas en lo alto de los muros, proyectan sus azuladas luces sobre los brutos blancos, unos ataviados con verdes esmeraldas, y otros negros como el ébano y los arneses cuajados de rubíes que parecen á la vista seres fantasmagóricos ó espíritus infernales.

El rey, con aquel ademan sencillo y bondadoso que le es natural y propio de su carácter, lleva á sus huéspedes por estrechos corredores y tortuosos pasadizos á otro patio, cuyo pavimento de mármol está alfombrado con preciosas telas: en el centro hay una

magnífica fuente poblada con diferentes aves acuáticas, que por ocultos conductos arroja hilos de agua, que refresca el ambiente y cae convertida en lluvia de diamantes. Alrededor del pilon hay colocados millares de vasitos de colores, cuyas luces despiden una dulce y vistosa claridad parecida á los albores de la aurora.

A un extremo del patio se veían lujosas tiendas formadas con chales y telas recamadas de oro y plata. El monarca les brinda á que tomen asiento en sillas de oro afiligranado, arrimadas junto á las mesas, cubiertas con varias frutas y botellas, caprichosamente talladas, llenas de un licor especial, cuya composición merece la pena que nos detengamos á describir. Llámase este licor *vino real*, y su fórmula está escrita en cada botella, firmada por el ministro á presencia del mismo fabricante: también está marcado el precio, que el de cada botella no baja de 300 rupias (unos 3,200 reales) porque en su confeccion entran ingredientes de mucho valor: al pie de la receta está incluida la cuenta en estos términos: tantos granos de rubí, tantos de diamante, tantos de esmeralda, de perla, de oro, etc., por el molido y reduccion á polvo impalpable, tanto. Estos simples están considerados en Pandjave como un específico y tónico admirable, y solo con probarlo se cerciorará cualquiera de sus virtudes: su fortaleza es superior á la del aguardiente refinado y solo comparable al agua fuerte.

«El rey (1) llenó dos copas y nos las sirvió con su propia mano al embajador y á mí, bien satisfecho de que no las beberíamos, pero mirando con mucha atención cuando las llevábamos á los labios: él por su parte se bebió un vaso lleno.

»Concluida la libacion fueron entrando una á una hasta treinta jóvenes, todas lindas y esbeltas, vestidas con preciosos trages, pero de tal manera cubiertas sus narices, frente, el espacio que media entre las cejas y ojos, y aun debajo de estos, con tal profusion de diges, que era imposible distinguir sus facciones: sus pequenitas manos y pies también estaban recargados de anillos y diminutos espejitos, y aparecían bellísimos aunque atezados. Transparentes velos tejidos de oro, plata y seda de brillantes colores cubrían sus delicados cuerpos y torneadas formas, dejando vislumbrar al través el airoso corte de sus corpiños de terciopelo bordado y su estrecho pantalon. Estas preciosas criaturas se llegaban al rey una tras otra presentándole una ó dos rupias, y él, que estaba conversando con Mr. Clerk, volvía la cara hácia ellas mirándolas con aire distraído, pero afable.

»Se advierte tanta naturalidad, bondad y aun candor en el carácter de este monarca, que á pesar de su fealdad, se hace amar de todos, y se dice que bajo aquel exterior tímido y sencillo, abraiga un valor á toda prueba, que desplega en el campo de batalla ó cuando se ve rodeado de inminentes peligros.

»Tan pronto recibia maquinalmente la rupia que le ofrecían, como rechazaba con dulzura la mano que se la alargaba, y muchas veces él mismo la llenaba con monedas de plata. Todo esto me pareció muy extraño: las jovencitas se acercaban sin recelo, le sonreían mirándole al soslayo: después se sentaban en el suelo formando corro entre las mesas: entre ellas las habia hermosísimas, astutas y picarescas, y todas tenían un no sé qué que captaba las simpatías del que las miraba. De repente se pusieron dos de ellas en pie y al

compás de una música melancólica y monótona que se dejó sentir, comenzaron á bailar muy pausadamente. Las que permanecían sentadas hablaban en voz baja y se reían algunas veces.

»Quiso el rey que visitásemos los aposentos que no habíamos visto aun, y los de sus mugeres, que ocupan el segundo y tercer piso, y para llevar á efecto su idea mandó á decirles se ocultasen en no sé qué chirivital, porque despues que los musulmanes han assolado la India é introducido sus bárbaras costumbres, los indostanes ocultan igualmente sus mugeres, de manera que solo ven las gentes á las amables jovencitas cortesanas de que he hablado. Subimos, pues, y despues de atravesar muchos pequeños aposentos profusamente dorados, llegamos á una magnífica sala circular, en la que habia una gran mesa cubierta con todos los preparativos para servir la comida de las mugeres que estaban en el escondite: veíanse también lechos soberbios con ricas colgaduras de gasa, etc. Habiendo vuelto por casualidad la cabeza, ví con sorpresa que las jóvenes que habíamos dejado repentinamente, en vez de continuar bailando, nos iban siguiendo mirándolo todo, examinándolo con mucha curiosidad, pero sin tocar cosa alguna, como hacen los niños bien educados: la precaucion con que andaban era tal, que ni aun se sentía el ruido de las pisadas de sus descalzitos piececitos, pasando y repasando entre nosotros sin reparo alguno. El monarca, que era nuestro *cicerone*, no hacia caso de ellas ni se incomodaba, antes bien procuraba no hacerles daño, aunque mas de una vez le obstruían el paso.

»Vuelvo á repetir que se advierte algo de cómico y de tímido, acompañado de cierto aire de grandeza de ánimo en su persona: no obstante su obesidad, su paso es ligero, aunque grave, como la mayor parte de sus acciones y movimientos, efecto sin duda de la magestad que quiere ostentar con sus súbditos, porque cuando se halla en presencia de Mr. Clerk, que siempre lo trata con mucha altivez, el pobre rey no sabe lo que hace ni dónde se halla.»

Sin que perdamos de vista las *Cartas sobre la India*, las cuales pueden suministraros pormenores bastante curiosos, prosigamos mencionando otros pueblos pertenecientes á la India, que aunque de menos importancia, no por eso debemos dejar pasar por alto.

Amretsira, otra ciudad importante del mismo reino, situada al Este de Lahora, es el hogar de la religion de Nanek; dentro de sus muros se halla levantado el edificio dedicado á Gourou-Sovind-Singh, en el cual se ve sobre un dosel de seda el libro de las leyes escrito por aquel reformador. La poblacion de Amretsira, como la de Lahora, se compondrá aproximadamente de unas cien mil almas.

El Multan, rico en bellísimo algodón, azúcar, opio, azufre, hierro, caballos y camellos que se envían á Persia, y al Norte de las Indias, tiene por ciudad principal á Multan, donde se hacían los mejores arcos de la India, y que está situada, segun Burnes, sobre el terreno de los antiguos malli, del tiempo del conquistador macedonio.

El principado del Sindhy ó Sindh, que es también una desmembracion del Caboul, costea el Indo, llamado Sindheh en el pais, en una estension de cuatrocientos kilómetros. Este hermoso rio, á semejanza del Nilo, inunda y fertiliza todos los años las tierras que le avecinan. Hayderábad es la residencia de los emires que gobiernan este principado. Su industria principal

(1) Cartas sobre la India.

es la fabricacion de armas. Tatta, antigua capital del Sindhy está reducida á unos quince mil habitantes; pero aun es celebrada en la India por la construccion de sus palanquines ó sillas portátiles que se usan en este pais. Es preciso mencionar tambien el Sindhy Sihouan, ciudad célebre por el sepulcro de Lab-Chab-Baz, á donde acuden los peregrinos; y mas aun por las ruinas de un antiguo palacio que se remonta al tiempo de los griegos, y que los de Sindh atribuyen á Baderour-Djamal, hada ilustre, á la cual atribuyen todo aquello que no pueden explicar.

El reino de Sindhia, encerrado hoy por todas partes entre posesiones inglesas, se compone de los restos de Malwa, Agra, Delhi y Kandeich. Oudjein y Gualiora, sus capitales, son ciudades grandes y bien construidas. Gualiora es notable por su gran fortaleza situada sobre una colina que domina la ciudad sobre unos trescientos cuarenta y dos pies ingleses, á la que no se penetra mas que por una escalera tallada en la roca. Oudjein parece desde lejos un bosque, por el conjunto que forman los árboles, pues en cada casa hay uno. Los cuatro reinos ó principados de Sindhia, Lahora, Nepal y el Sindhy constituyen la parte casi independiente del Indostan. Caminando para el Sur, es decir, hácia la mar, cuanto se pisa pertenece á la dominacion británica. Sus vastas posesiones dependen, unas directamente de Inglaterra, como Ceylan, y otras de la compañía de las Indias Orientales, ya gobernándolas á nombre de estos príncipes indígenas, ya rigiéndose por agentes propios de la misma. Unas y otras se hallan divididas en cuatro presidencias, la de Calcuta y Allahabad al Norte, y las de Madrás y Bombay que encierran todo el Dekkan.

El Allahabad tiene acreditadas minas de diamantes; su capital, del mismo nombre, es mirada por los indios como la reina de las ciudades santas, y por los ingleses como su principal plaza de armas.

Allí se elevan el palacio y el fuerte de Allahabad, cuya construccion data desde fines del siglo XVI, en el reinado de Akbar el Grande. Allahabad formaba parte de aquella linea de fortalezas que se fué extendiendo sucesivamente desde Lahora á Chunar, para defender al pais de la invasion estrangera. El grabado adjunto representa un pabellon del palacio que el emperador hizo construir al abrigo de las elevadas paredes del fuerte. Este palacio está reputado con razon por uno de los mejores modelos de la arquitectura musulmana: las gruesas pilastras que le sostienen están adornadas de ricas esculturas; sus minaretes, que dominan á las cúpulas, se levantan atrevidamente hácia el cielo; las paredes tienen finos arabescos, en que la arquitectura ha desplegado todos los recursos del mas ingenioso capricho. El pabellon fué construido con el mayor esmero; pasaba con razon por un prodigio por lo bien acabado y por su delicadeza; jamás se habian labrado piedras con mas arte y perfeccion; precisamente esta circunstancia le fué fatal. En 1789 se le antojó al nabah de Ouda el hacer trasportar desde Allahabad á su residencia de Lucknow, una torrecilla de mármol blanco que se elevaba por encima del pabellon en el centro mismo de la azotea. El nabah se habia prendado de tal modo de la malhadada torre, que queria tenerla siempre al alcance de su admiracion y de su vista. Decapitado de aquel modo el pabellon, habia perdido uno de sus mas preciosos adornos.

Mas tarde, conociendo nuestro nabah que la pa-

sion le habia arrastrado demasiado lejos, creyó reparar su falta, mandando que el pabellon fuese demolido piedra por piedra para reedificarle en Lucknow. Eso ya era otra cosa. El buen príncipe se figuraba sin duda que un monumento se trasplanta tan fácilmente como un naranjo. Pero no sabemos que los príncipes indios creian que todo les era lícito y que la palabra *impossible* estaba borrada del idioma de los nabahes.

Sea como quiera, lo que todavia queda de los edificios de Allahabad, merece en mas alto grado la admiracion de los viajeros. La natural hermosura del sitio armoniza con la elegante arquitectura del palacio, y realiza todo el conjunto por la maravillosa limpieza del cuadro. Desde lo alto de los minaretes la vista sigue el magestuoso curso del Ganges, que corre con lentitud por debajo de las ramas de sus orillas, y la plateada cinta del Jumna, cuyas aguas, mas rápidas, van á mezclarse como con apresuramiento con las del rio sagrado. La llanura está esmaltada de campamentos y aldeas; en la confluencia de los dos rios hay siempre un gran número de barcos y en las orillas del Ganges y por entre el sombrío verdor de los árboles se divisan los techos de muchas ghats, á donde los indostanes van á morir, para que su cuerpo sea inmediatamente sumergido y purificado en las aguas santas.

Benarés, que pertenece á la misma provincia, tiene otra importancia. Benarés, situada sobre las márgenes sagradas del Ganges, es una ciudad santa, sabia ó inmensa, es la Atenas, ó mas bien la Roma de los indios, porque es el lugar donde están establecidos los colegios de los brahmas y de la literatura sancrita; los templos numerosos, que se hallan frecuentados diariamente por una poblacion de mas de seiscientas mil almas. Por las calles circulan libremente lo mismo que los perros, los toros consagrados á Siva, y enjambres de monos consagrados á Harnaman, saltan á todas horas de una casa á otra. Pero Benarés no es solamente residencia del Vidalaya (universidad brahmánica), sino tambien punto industrial, gran mercado de los chales del Norte, de los diamantes y pedererías del Mediodía y de las mercancías inglesas.

Benarés, aunque bonita y pintoresca, no es ni con mucho una ciudad de primer orden, ni su aspecto tan poético y grandioso como pretenden hacernos creer las descripciones de los viajeros. Es, sin embargo, un hacinamiento de edificios de tres pisos, de pequeños templos adornados con esculturas como piezas de ajedrez, en donde bullen brahmas y fakires pintados con variedad de colores: toros pequeños blancos y los cuernos dorados, engalanados con guirnaldas de flores: de mugeres casi desnudas cargadas de anillos, asperjando con agua varios idollitos ó piedras cilíndricas redondeadas por la punta: de estravagantes jóvenes con su arco colgado al hombro, cual dioses mitológicos, y flechas atadas á la espalda, montados en caballos pintados con achote ó añil. Es cosa sorprendente ver aquella confusa masa de hombres, mugeres y muchachos de todas edades y colores andar apiñados y empujándose unos á otros por aquellas angostas callejuelas, y de vez en cuando aparecer por encima de la turba y aun de los templos, edificios y tiendas de comestibles, elefantes corpulentos marchando con dificultad, derribando no pocas veces el colgadizo formado con hojas de cocotero y sostenido con estacas de bambú, puesto encima de las puertas; á cada momento parece que van á aplastar á los transeuntes.